

# El ateísmo y el psicoanálisis

Por **ENRIQUE GUARNER**

El ateo es el ser humano que niega la existencia de Dios. El práctico acepta su Ser, pero lo excluye completamente de su conducta, mientras el teórico lo refuta y rechaza al expresar sus opiniones. En realidad el término se sujeta a la controversia puesto que en Roma se consideraba que los cristianos eran ateos al haber prescindido de todas las deidades adjudicándose a una sola el poder de la eternidad.

Se puede decir que los iniciadores de la Iglesia dudaban en cuanto a las características del Todopoderoso. En su «Dictionnaire Philosophique» publicado en 1751, Francois Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire, nos dice: «Los primeros padres de la religión cristiana sostuvieron que Dios era corporal, en cambio quienes les sucedieron no le concedían ninguna extensión física haciéndole morar en una parte del cielo. Posteriormente manifestaban que su Hijo resultaba semejante a él, mientras otros apóstoles defendían la idea de que no había ninguna similitud. También disputaban sobre si Jesucristo se componía de dos o más personas. Asimismo debatían sin descanso acerca de la posición de su madre, o sobre el don de la gracia y el predominio de algún santo por encima de los demás.

«Siglo tras siglo los confidentes de la Divinidad pudieron observar que la ambición por el poder o la riqueza por parte de un grupo que contemplaban sin misericordia el cúmulo de crímenes y desgracias —muchas realizadas por los conductores de almas— sintieron lícito dudar de la existencia del ser Supremo. Fue así como muchos hombres sensibles dejaron de creer en un Dios con un carácter tan extraño, que era capaz de aceptar las desventuras y desdichas de las mayorías».

Sin embargo, a pesar de las ideas de Voltaire, los estudiosos sabemos que las religiones tienen que haber nacido para hacer razonable la vida. En otras palabras, el hombre invocó la omnipotencia de un Dios

Padre que protegiera contra las fuerzas amenazantes de la naturaleza. Es por ello que todas las doctrinas eclesiásticas llenan deseos expresando ciertas verdades para que los desamparados acepten las carencias de su existencia. Al acogerse a una religión se llena un vacío y la misma mortalidad puede salvarse haciendo un cierto número de sacrificios. Casi todas las creencias aseguran la inmortalidad del alma y la unión final con Dios.

La razón del éxito de las religiones se deriva de que la existencia humana no es otra cosa más que un larguísimo trayecto en el cual predominan las renunciaciones. La primera lo sería la separación del vientre materno, más adelante del pecho que nos nutre, posteriormente del hogar al asistir a la escuela. Durante la edad adulta perdemos a la familia inicial al unísono en matrimonio y finalmente nos apartamos al morir de la vida misma. Ante toda esta serie de abdicaciones, la religión ofrece consuelo, y para la última, que sería el viaje sin retorno, nos promete la resurrección.

En el fondo el ser humano está constantemente amenazado por el destino y su desamparo lo lleva a cobijarse en un ser Supremo Todopoderoso al que le adjudica benevolencia, consolándolo de los sufrimientos que haya padecido. Es decir, se crea una ilusión (no necesariamente incompatible con aspectos reales) la cual dará la motivación y energía para seguir luchando en un mundo injusto, competitivo y difícil.

Como señalamos, la vida constituye una sucesión de transiciones en las cuales se pasa de un estado al siguiente y en cada etapa que se vence se pierde algo con lo que siempre queda la pregunta: ¿para qué? La única respuesta que puede encontrarse es la de la inmortalidad y la llegada final al «reino de los cielos», donde se podrá sentar a la derecha de Dios quien lo protegerá eternamente. Esta es la razón por la que todas las religiones como el cristianismo, budismo o la creencia en Mahoma, prometen la muerte en una vida irreal y el renacimiento en la verdadera.

## Aspectos psicológicos

Aquel que pronuncia la palabra Dios tendrá siempre que contar con reacciones distintas puesto que los seres humanos se dividen en: religiosos, irreligiosos y antirreligiosos. Para los primeros los otros dos grupos son vistos como los representantes del demonio, pero los que no pertenecen a la Iglesia ven a los beatos como una forma de enemigos. Esto último también puede derivarse de la posición de los creyentes, quienes cuando se impusieron desarrollaron la persecución de los infieles a los cuales condenaron a la hoguera.

Por otra parte, el surgimiento de la herejía resultó explicable porque un sinnúmero de cristianos convirtieron al ser Supremo en un personaje físico con barba que poseía un carácter amable y gentil, lo cual carecía de bases firmes dentro de cualquier esquema científico. Incluso se abusó de la utilización de la oración, la cual en la mente religiosa se ligaba con la fantasía de que desde el cielo el Todopoderoso podría escucharla cambiando las circunstancias desfavorables que rodearan al sujeto fervoroso.

Con frecuencia estas posiciones provocan la reacción desfavorable del antirreligioso que no puede ver que la fe da un sentido a la vida y que puede representar un valor más importante como la búsqueda de la verdad o de la justicia. Igualmente pienso que el amor hacia los semejantes debería ser considerado como el tema central de la religión, la cual en todo caso tendría que condenar el egoísmo como la fuerza principal de la maldad. En otras palabras, la doctrina resolverá y apaciguará la ambivalencia que podamos sentir en un mundo carente de razón, igualdad y derecho.

Un tema que pasa muchas veces inadvertido es el de que la ausencia de fe y la hostilidad contra la religión puede ser la expresión de un núcleo neurótico. La violencia con la cual algunos ateos saltan contra todo lo que tiene que ver con la Iglesia demuestra una cierta angustia persecutoria, porque se ha colocado en ella a los padres amenazan-

tes que impidieron cualquier goce. En realidad, detrás del odio existe la idea de que se coartaron los deseos sexuales y agresivos. Suelen relacionar su ateísmo con decepciones con los padres a los que internamente se devalúa porque no triunfaron en la vida y dejaron desprotegidos a los descendientes.

Es por ello que los psicoanalistas tienen que analizar la patología del ateo al igual que lo hacen con el santurrón o beato. Ambas posturas significan fenómenos contrastantes que impiden el crecimiento del YO del paciente. El individuo más saludable será aquel que muestre flexibilidad y carezca de rigidez aproximándose al equilibrio en cuanto a su postura religiosa. La defensa de la Iglesia debe sostenerse en apoyar lo positivo de la fe prescindiendo de actitudes infantiles y arbitrarias que nieguen los abusos que se hicieron en su nombre.

En forma general se piensa que Sigmund Freud fue un hombre irreligioso, lo cual se derivó del «Porvenir de una ilusión» publicado en 1927. Sin embargo, en su obra póstuma a la que intituló «Moisés y monoteísmo» de 1938, el psicoanalista había experimentado una evolución en su pensamiento y se mostraba menos escéptico porque el profeta había aumentado la confianza de su pueblo en la búsqueda de un fin sagrado.

Otro terapeuta el austriaco Igor Caruso ha insistido en el conflicto espiritual de sus pacientes porque lo trascendental es la pregunta: ¿Ante quién resulta responsable el ser humano? Negando o aceptando este compromiso se esconde la imagen de un ser Supremo que nos obliga a actuar dentro de cierta ética.

En el fondo Caruso nos habla de la existencia y enfrentamiento con lo que denomina «la herejía vital», porque el neurótico huye de dar cuenta de sus compromisos: «Se oculta a sí mismo ante Dios y oculta a Dios ante sí mismo». No hay tratamiento psicoanalítico en el cual no surja este conflicto al igual que, aunque no sea más que en un momento decisivo de la vida quizá el último antes de morir, no se enfrenta uno al ser Supremo. George Bernanos tenía razón al afirmar: «Basta este instante para resumir lo que fuimos o lo que hicimos».